

Tamara Kamenszain

LA CASA GRANDE

I

Lugar amorfo escrito en el pasado
cementerio de niños, patio
detenido en ademán de rondas.
Piernas largas de primos como estatuas
juegan al puente que traslada de
padres cómplices a tíos distanciados.
Marineros sin barco en los *cincuentas*
un ancla por botón, familia
que se abrocha dorada la bragueta
de procrear. Hay un festejo:
la vuelta por la tierra prometida
hasta el lugar que esclavos de promesas
bisabuelos allí se refugiaron.
Sirven el vino en copas de alegrarse.
Si los vecinos se quejan delimitan
otra familia, el ghetto sin alambres.
En brazos de mujeres lo amasado,
levadura de madre, crecimiento,

bollos que se asoman al placer
de una mordida. El negocio del pan
es por entregas. Mientras producen,
más hijos arriman a la mesa.
Leen los hombres el otro repertorio
ritual que las estampas pintan
cual libro viejo o Biblia, abierta,
con las hojas servidas a esa mesa.
Letras inversas despegan con la voz
del que recita. Y el guisado por ol-
fato dice: narración lineal, un gusto
por los hechos, lo que pasó da fama
al angurriando nombre del patriarca.
La abuela se aduerme con los dedos
pegados al tejido de la especie:
ni elegido su pueblo ni su nieto
de sombrero revuelto por cabeza.
(Cubrirla es borrar esa ignorancia
que cierra el nudo de los textos viejos
y suelta distracción por sus amarras.)

Fragmento de un poema más largo.